

Cuida atenta,
Tierna madre,
De mi padre
¡Por piedad!
Él es solo,
Mi consuelo,
Es mi cielo,
Mi solaz.

No permitas
Que su vida
Tan querida
Para mí,
Pronto acabe:
No, María.....
La fe mía
Lo cree así;

Pues derramas
Con anhelo
El consuelo
Y la paz
Sobre aquellos
Que te imploran
Y que lloran
En tu altar.”

Así dices, y tu rostro
Se inclina sobre tu pecho,
Como se inclina la rosa
Del aura al soplo ligero.

Largo tiempo permaneces
En profundo arrobamiento;
Luego te paras tranquila
Y sales con paso lento
Manifestando en tus ojos
Que has sentido aquel consuelo
Dulcísimo que se siente
Cuando oramos en el templo.

Guanajuato.—1851.

CHASCO.

Uno de los mas entusiastas admiradores de Rousseau al hacer á este una visi-

ta en Ginebra, quedó muy asombrado del cambio que encontró en los sentimientos del filósofo; pues cuando creyendo hacerle un gran cumplido le dijo que habia educado á su propio hijo exactamente conforme á los principios de su libro intitulado Emilio, Rousseau le contestó:

—Tanto peor para él, tanto peor para vos y sobre todo ¡tanto peor para la sociedad!

CONSEJO A LOS PADRES.

Cuando ocurre un accidente, averigüad si la causa ha sido casualidad, descuido ú obra de la voluntad, antes que falleis acerca de él. Los accidentes son con frecuencia muy provechosos y los niños las mas veces aprenden mas de ellos que de cincuenta lecciones.

Mientras que un marido y su amargamitad estaban disputando con calor sobre la soberanía de la casa, llamaron á la puerta con lo cual quedó en suspenso la reyereta, é indecisa la cuestion. Habiendo salido el marido á preguntar el motivo de aquellos golpes, se le contestó que se deseaba hablar al amo de la casa. “Aguarde usted un instante, dijo el buen marido, porque no estando todavía de acuerdo mi mujer y yo en este punto, no puedo decirlo por ahora.” Entró de nuevo en el aposento de la señora, y se renovó con igual viveza la disputa, hasta que habiéndole esta cedido la victoria, volvió á la puerta y dijo al sugeto que habia llamado: “Amigo mio, ya puedo anunciar á usted que debe usted hablar conmigo porque yo soy el amo de la casa; pocos momentos antes no podia decir otro tanto, porque todavía no habiamos decidido este punto mi mujer y yo.

DIANA DE POITIERS.

SIGLO XVI.

(CONCLUYE.)

ESTAMOS en 1531.

Dejemos al pobre Luis de Brezé cerrar en paz sus ojos. A la sazón cuenta ya mas de sesenta años: con su vida de combates y principalmente de cavilaciones, está el infeliz acabado. ¡A dios, gran senescal! ¡El cielo te conceda el descanso que te han negado los hombres!

Diana de Poitiers viéndose con la muerte de su marido sola en medio de una corte en que otra mujer regenteaba y donde todavía no era llegada la hora de dar golpe ella, se volvió á pasar su viudez en Anet.

Allí la hermosa senescala, para entrenar el tiempo, salia casi todas las mañanas á pasear por los alrededores de su alcázar, montada en un fogoso corcel y acompañada de su servidumbre que á veces se quedaban muy atrás de ella. Este ejercicio servia para esplayarle el ánimo y para satisfacer la necesidad que tenia de movimiento. El rumor de la corte no la tenia poco alborotada.

Un día por las inmediaciones de su castillo, un mozo de unos diez y seis años, con todo el séquito capaz de hacerle tomar por persona de la mayor calidad, y viniendo al parecer, del lado de Dreux, se dió con una mujer de doble edad que él, pero ostentando en su rostro y talante to-

da la delicadeza y la gracia de la fresca juventud. Ambos al encontrarse dieron muestras de conocerse, mas no se atrevieron á decirse una palabra: pararon ambos sus caballos, claváronse la vista, despidieron un ahogado suspiro.... y después de haberse echado una mirada tal cual avergonzado, pero sí evidentemente amorosa, saludáronse... y separáronse, tomando cada cual por su lado, el uno con la frente cubierta de un cándido rubor y la otra ansiosa por fijar aquel novicio amor.

Esta misma escena se repitió durante cuatro años consecutivos.

Sí, durante cuatro años con pretexto de la caza, el jóven duque de Orleans, pues era él, estuvo jugando á esta especie de escondites con la preciosa Diana, pues ella era.... Preciso es convenir en que para un hijo de rey, para un hijo de Francisco I fué harto desperdiciar el tiempo.

Por fin, una mañana de primavera del año de 1535, Enrique, segun su costumbre, venia de Dreux, en donde habia pasado la noche. Las tres leguas que separan á Dreux del viejo alcázar habian sido ya caminadas, sin lesion para la cacería, por nuestro jóven amante, cuando de improviso cúbrese el cielo, y una tempestad se amontona y estalla... ¡Adónde huir? ¡a-

dónde guarecerse? No hay medio de regresar á Dreux... Explicase el amor en el alma del jóven duque y dale aliento... Dirígese pues hácia la puente levadiza y decídese á pedir hospitalidad á la bella castellana.

Abrióse generosamente la puerta del castillo.

Y desde aquel dia hasta el triste dia de su muerte, Enrique no tuvo nunca en su corazon un amor mas vivo y leal.

Bien le estuvo á la viuda, si es que era tan ambiciosa como se cuenta, bien le estuvo ganarse el afecto del duque de Orleans, pues al año siguiente (1536) el delphin Francisco, su hermano mayor, murió envenenado por el ferrarés Montecuculli, de resultas de lo cual Diana llegó á verse hecha la dama del príncipe real.

Enrique II subió al trono de Francia, é hizo subir con él á su bella dama, Diana de Poitiers, la cual, á despecho de la reina legítima, dominó sobre todos los vasallos.

Un dia del año 1550 la preciosa viuda fué á hacer una visita al antiguo alcázar feudal; pero no era ya la castellana que antes caminaba acompañada modestamente de unos cuantos pajes: á la sazón era la favorita escoltada de cuanto tenia de mas esplendente la corte. Hasta el rey se mantenía descubierto en su presencia, tributándole un culto que rayaba en adoración.

Diana, convertida en duquesa de Valantinuá, era conducida al castillo por su galan, para que autorizase los reparos que iban á hacerse, á costa de los buenos súbditos de su majestad, en Anet, bajo la dirección de Filiberto de Lorme, arquitecto, Juan Gongeon, escultor y Juan Cousin, pintor.

Anet, de la noche á la mañana, se convirtió en un palacio magnífico, muy di-

verso de lo que habia sido, porque una vez se habia espantado allí la preciosa duquesa.

Una noche, Diana, sobresaltada, exclamó:

—¡Enrique, Enrique!...

Y meneando sus brazos, parecia estar luchando con algunos enemigos de que trataba de desasirse.

—¡Enrique! repite con terror.

—¿Quién me llama? responde el rey.

—¡Yo, Enrique de mi vida, yo!

—¿Tú, Diana de mi corazon?... ¿Qué tienes?

—¡Enrique, échalos de aquí!... ¡Haz que se vayan!...

—¿Quiénes, vida mia?

—Esos... todos esos que me acosan.

—¿Cómo, amor mio!...

—¡Enrique, échalos!

—Pero ¡si nadie te acosa!

—Ahí están, te digo; se han encarnizado conmigo toda la noche.

—Diana, has tenida una pesadilla y todavía te dura.

—¡No, Enrique! no es sueño... los he visto... los veo todavía... ahí están... Enrique de mi vida, despídelos... ¡échalos de aquí!

—Bien, prenda mia, dime quiénes son tus enemigos... enséñamelos, enséñamelos para que yo pueda combatirlos.

—¡Mira, míralos! Ese es Jacobo de Brezé, mi suegro, que va pasando por delante de mí: lleva en la mano su puñal ensangrentado... me está mirando con ojos terribles y sañudos...

—Eso es pura fantasía tuya, deño mio.

—Mira; ahí va ese otro con su calva frente y su crecida barba... ese es Clemente Marot, el poeta burlon. Desde que comenzó á echarme sus epigramas no cesa un momento de hacerme gestos... ¡Él me la pagará!

—¡Pardiez! Ya le has hecho probar la cárcel; pero ahora no puedes desquitarte sino con su sombra.

—Mira, ¿ves ese otro? ¡Ay!... ¡Enrique! Y arrojóse á sus brazos, ocultando su cabeza en el seno del rey, siempre sereno.

—Pues ¿quién es ese, Diana?

—Luis de Brezé... el senescal... ¡mi marido!... Mira, mírale; lleva por delante de sí, á empellones, á una mujer revolcada en sangre... me la está enseñando... ¡Ah! es su madre madama Carlota de Francia... es el retrato del cuarto tendido de negro... Él viene caminando, viene hácia mí... quiere hablarme... los dos abren la boca... me tienden los brazos... ¡me maldicen!... ¡Ay! ¡Enrique, Enrique de mi vida, defiéndeme por amor de Dios!

Enrique estaba martirizado con ver el alucinamiento de su ídolo durar tanto...

—Diana, amor mio, acaba de despertar: la noche está sosegada, los muertos no se mueven... Estos fantasmas que ves, son obra de tu fantasía... despídelos de tí... ¿No basta mi cariño á desvanecer un terror imaginario? Vamos, Diana, ¿despierta! Acuérdate de nuestro encuentro en el bosque de Anet, del primer dia que me albergaste en este castillo, acuérdate de los juramentos que nos hemos hecho. Tú me querias entonces; entonces no hubieras dejado que un terror pueril se apoderase de tu mente; entonces estabas pendiente de mis labios...

—Sí, Enrique; pero ¡míralos! ¿No ves cómo me amenazan?... cómo... Pero aguarda... parece... sí, creo que se disipan... ¿No será mas que un sueño?... ¡oh! sí, me parece... ¡ah! ¡Enrique, gracias!... ¡gracias, vida mia!... ¡Dios mio, qué horrenda pesadilla! ¿qué es lo que he hecho para padecer semejantes visiones?

—¿Ya ves? Tranquilízate; aquí no hay espíritus.

—Con todo, Enrique; manda que demuelan este castillo. ¡Y que sea luego! Hay piedras que son importunas... ¡manda derribar todo, arrásalo todo! Con otras que nada tengan que ver con los difuntos, para que no me acongoje el temor de que en medio de la noche se me aparezcan de debajo de la tierra horrendos fantasmas como enantes...

Conforme á este deseo, los picos y martillos comenzaron al punto á hacer su oficio: el antiguo castillo fué completamente destruido, en poco tiempo, y en su lugar quedó levantado otro, verdadera maravilla del arte.

¿Qué se le da á Enrique II, rey de Francia, que sus súbditos, que con su sangre y sudor lastan la famosa obra, estén descontentos, ni que las arcas públicas queden exhaustas, por contentar á Diana? ¡Él está enamorado y se paga de su gusto, sin que se le dé un ardite de lo demás!

Tras varias negociaciones que habian dado por efecto la pacificación de su reino, Enrique se encontraba poseido de una alegría suma. Como amante que era á los festejos, se aprovechó del casamiento de su hermana con el duque de Saboya, que debia celebrarse el 29 de junio 1559, para mandar preparar justas y torneos magníficos. Desde el palacio de los *Tourneilles* (torrejones) hasta las caballerizas reales, habíase abierto una liza espléndida, y el hijo de Francisco I acababa de ser el vencedor de la jornada, pues habia roto ya en brillante lid las lanzas de los duques de Ferrara, de Guisa y de Nemúr. Quedaban sin embargo dos adversarios que vencer. Arrastrado del punto de honor, quiere que sea completa la victoria, y á pesar de las representaciones que le dirigen todos, hace seña á Montgomery, capitán de sus guardias escocesas. Por su

orden avanza Montgomery, y ambos combatientes, lanza en ristre, acometen uno á otro.

El acero de Montgomery se clava en la armadura del príncipe y quíebrase la lanza, hiriendo una astilla el ojo del rey, de suerte que le llega al cerebro el golpe. Cae sin sentido Enrique, cámbiase en duelo la fiesta... Llévanse al príncipe en medio de la general consternacion.

A los once dias de esta catástrofe, Enrique daba el alma á Dios, de resultas de la herida.

¿Y la favorita? ¿Qué va á ser de Diana de Poitiers, de la preciosa viuda que se gozaba de su imperio ilegítimo, que tan deliciosamente se saboreaba con sus festejos y su alegre vida?

¡Ahora le llega su época de castigo y expiacion, pues todo se paga! Comenzó su carrera deshonrando al noble señor Juan de Poitiers su padre, y ahora, al pié de las ventanas del propio palacio hieren mortalmente á su galan.

Luego que Enrique II hubo expirado, Catalina de Medicis la mandó retirarse á su palacio y entregar las joyas de la corona que en su poder tenia. Mas de una vez la condesa de Valantinuá debió recordar las inmensas riquezas que el mas fútil de sus caprichos habia hecho malgastar; mas de una vez debió recordar el escándalo que habia causado en el mundo, pues para compurgar sus pecados practicó el resto de su vida la mas generosa caridad.....

Diana, la dama de Francisco I y de su hijo Enrique II, de quien tuvo una niña llamada tambien Diana, murió el 22 de abril de 1566. Su cuerpo, después de haber estado expuesto en la iglesia de las *Arrepentidas*, fué conducido á Anet.

Su mausoleo la representa en su traje

ordinario, arrodillada, enclavijadas las manos y orando ante un libro abierto: descansa en esta postura sobre un sarcófago sostenido por cuatro esfinges.

(Traducido para la Sombrea.)

LO QUE

PUEDA UNA BAGATELA.

Cuando el cardenal Richelieu estaba negociando el contrato de matrimonio entre Carlos I de Inglaterra y Enriqueta de Francia con el embajador inglés, el negocio estuvo á pique de echarse á perder por dos ó tres pasos mas de precedencia que reclamaba el embajador cerca de cierta puerta y que el cardenal se resistia á otorgar. Para cortar esta dificultad, Richelieu determinó recibir acostado al embajador.— ¡Qué tiempos!

ENIGMA.

Soy de nombre por todos conocida,
Soy tambien por los pueblos anhelada,
Por antiguos romanos fuí inventada
Y en Europa hace poco introducida.
Siempre seré de reinos homicida;
De todo liberal siempre descada,
Nunca á déspotas reyes adecuada,
Pues que por ellos soy aborrecida,
Y lo mas de la raza americana
Solicita me acepta, y con nobleza
Del leon audaz, de la bandera hispana
Bajo mi egida abate la fiereza.
Al triunfar de la hueste castellana
Le inicio el porvenir de su grandeza.

UN CATORCENO.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:
EL LIBRO.

EL PRIMER

AMOR DE UNA HEREDERA.

POR MARÍA NORRIS.



CAPITULO I.

TODA mujer rica tiene de ser bonita, de la misma suerte que todo hombre adinerado tiene de ser excelente; así lo manda el mundo.

Pero no hace ahora al caso lo que son ó deben ser los hombres, pues que se trata por el pronto en este lugar de un individuo del género femenino de la humana especie: el otro vendrá á su tiempo; que no hay nunca *ella* sin *él*.

Ahora bien, Catalina Aberchó, fuera de ser heredera, tenia buenas bigoterías, á no poderlo negar. Eran oscuros así sus ojos como su cabello, tenia hermosa tez y en suma, lindas facciones.

Como presunta heredera de un padre rico, y como hermosa muchacha, debia ser feliz. Sin embargo, Catalina no parecia sentirse muy contenta que digamos: á la hora que hablamos, vémosla con una mano puesta bajo la barba, ocupada la otra en jugar con el cintó de su delantal, y así lleva cosa de hora y media de estarse. Verdad es que á su vista tenia una perspectiva bonita, pues la casa magnífica de su familia estaba situada en un primoroso parque, á cuyo florido jardin daba la estancia ó sala principal en que se hallaba

TOM. II.

la hermosa muchacha. No estaba Catalina sola. Una señora ya entrada en años estaba en el mismo aposento sentada cosiendo con mucho contento, sin manifestar el mayor cuidado por el semblante sano y altivo de la señorita.

—Mi vida, dijo la señora sin levantar los ojos de su costura y con acento de irresolucion, ¿por qué no busca usted algo que hacer? Ya lleva usted una hora de estarse ahí á la ventana y me puede mucho ver á usted así, tan pensativa. ¿Está vd. de mal humor ó se siente usted mala?

—¡No! respondió Catalina despidiendo un suspiro. ¡Qué! Yo siempre estoy buena. Por lo que es hoy no puedo ni bordar, ni coser, ni hacer nada. Con que déjeme usted á mi antojo, señora Párson de mi alma, porque *estoy de malas*.

—¿De malas, Catalina de mi vida! No diga usted eso, por amor de Dios, pues no podré yo creer nunca que tenga usted motivo para emplear esa palabra. Y ¿qué es lo que tiene á usted disgustada? ¿Le parece á usted que mandemos llamar á su tío de usted?

—¡No lo permita el cielo, señora! Mi tío es la criatura humana á quien menos ganas tengo de ver. ¿Creerá usted que la vista de mi tío es lo mas que me apesadumbra?

P.—29